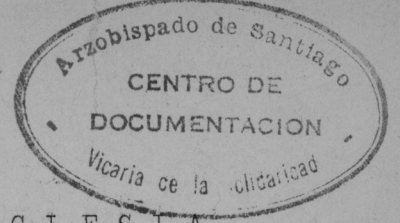


Documento N°	00669.00
Ingreso	C.S.
<input type="checkbox"/>	



LA ACCION SOLIDARIA DE LA IGLESIA

DIAGNOSTICO TEOLOGICO - PASTORAL
Planteado en el Encuentro del Depto. Zonas
de la Vicaría de la Solidaridad
celebrado del 5 al 7 de Abril de 1976



Ronaldo Muñoz, ss.cc.

Las reflexiones que planté aquí han surgido en parte de la experiencia de algunas acciones solidarias de base, en parte del estudio de los informes de las distintas zonas de Santiago en parte de la participación en las jornadas preparatorias de este encuentro y del análisis de las conclusiones de las mismas.

Mi intento ha sido detectar las constantes que se han venido manifestando, sobre los objetivos que se proponen y las posibilidades reales que se ofrecen a la acción, como también sobre los problemas que estamos enfrentando, las insuficiencias y las ambigüedades de la tarea realizada. Estas últimas se refieren, desde luego, a la extensión de los resultados, pero también al planteamiento de los objetivos, a la coordinación de las acciones y a la organización de las estructuras de apoyo. Trataré de hacer una síntesis de estos problemas, no solamente para completar y recapitular un diagnóstico, sino para tratar de proyectar una cierta luz sobre la práctica de estas tareas de solidaridad desde el punto de vista teológico.

Quien dice "teológico" dice, en este caso, desde el punto de vista de nuestras motivaciones como cristianos y de las metas globales de la misión de la Iglesia en la que se inserta esta tarea de la solidaridad. Lo cual implica el intento de analizar el entronque de estas acciones de solidaridad en las estructuras de la Iglesia y la articulación de sus objetivos con la realidad ideológica de la misma. En el concepto de "Iglesia" incluyo aquí, desde luego, no sólo la Jerarquía y a los sacerdotes y las religiosas, sino a los grupos y comunidades de base, y al común de la iglesia de nuestras parroquias. Todo esto configura una realidad de la Iglesia, que en el momento de revisar nuestro trabajo y diseñar nuestras políticas de acción, no podemos ignorar.-

Porque ésta es la Iglesia en que de hecho estamos insertados, y su realidad nos pone limitaciones y dificultades, pero también constituye la base de nuestras oportunidades para una acción realmente liberadora y constructiva, puesto que muchas de las cosas que estamos haciendo o que se podrían hacer sólo son posibles en la coyuntura actual en cuanto están ligadas a la acción de la Iglesia. Hay la realidad concreta de nuestra Iglesia, con las personas que somos, los grupos, las distintas tendencias; con la pesadéz de las instituciones existentes, que están ahí con toda su carga de tradiciones, de hábitos, de compromisos sociales y prejuicios ideológicos. Pero hay también la "utopía" de la Iglesia liberadora que quisiéramos; hay un proyecto de Iglesia y de su servicio al hombre, que viene de sus orígenes evangélicos y que la propia Jerarquía de la Iglesia de hoy ha reformulado en sus declaraciones más autorizadas; hay las semillas de Iglesia nueva que vemos brotando en nuestro pueblo, a menudo entre los más desvalidos.

A todo esto me estoy refiriendo cuando digo "desde el punto de vista teológico". Es el enfoque que me propongo aquí; enfoque parcial pero indispensable para nosotros. (1)

Una última advertencia que debo hacer en esta Introducción es que a partir del análisis de todo el material mencionado, desde la perspectiva que acabo de explicar, he llegado también a algunas conclusiones operacionales. Voy a plantearlas al final de estas reflexiones. Por supuesto, no para entrar en determinaciones prácticas para las que no tengo competencia, sino para ayudar a la fundamentación de ciertas opciones que creo que se nos imponen a estas alturas del trabajo eclesial de la solidaridad.

(1) Para un elenco más completo de los principales problemas y una perspectiva teológica de la tarea solidaria de la Iglesia, remito a mi anterior artículo "El Servicio de la Iglesia al Hombre", publicado por el Comité Pro-Paz y también por la revista Mensaje (Octubre de 1975).

Me parece, por lo demás, que estas opciones son convergentes con el "Modelo de Acción" que nos ha sido propuesto en este Encuentro como una respuesta a los problemas planteados, y una manera de llevar a la práctica la mayor claridad -en los objetivos y en los medios- que la misma acción evaluada nos ha mostrado.

Entrando ya en el cuerpo de las reflexiones, voy a plantearlas en los 9 puntos siguientes:

- 1) La articulación institucional,
- 2) La articulación ideológica,
- 3) La situación real de los sectores populares,
- 4) El derecho de los pobres,
- 5) La integración con la evangelización,
- 6) La cuestión eclesiológica (el modelo de Iglesia),
- 7) El caso de los comedores infantiles,
- 8) El caso de las bolsas de trabajo, y
- 9) Conclusión operacional.

1) LA ARTICULACIÓN INSTITUCIONAL:

Una de las constantes más claras que ha aparecido en las jornadas preparatorias, como en todos los informes, es el de una cierta desarticulación entre las acciones de base (ya sean comedores, bolsas de trabajo, o policlínicos), las parroquias (que juegan aquí un papel muy importante) y los equipos zonales de la Vicaría de la Solidaridad. Se trata de un problema de coordinación que es urgente abordar con realismo. Personalmente creo que si no cuidamos suficientemente esta articulación institucional, todo el trabajo de la Vicaría podría llegar a automarginarse de la Iglesia. Esto significaría, en la situación actual, para la Vicaría, desaparecer, y para la acción de la Iglesia, perder un instrumento coordinador de primer orden para cumplir un servicio más lúcido, planificado y responsable en el contexto de la grave emergencia que vive nuestro pueblo.

Ahora, en la búsqueda de esta articulación institucional, me parece importante combinar estos dos factores: eficiencia y democracia. Eficiencia implica claridad de objetivos, diseño e

implementación de políticas, calidad técnica y coordinación de los distintos servicios y organizaciones. Pero, al mismo tiempo, democracia; es decir, no perder de vista que la acción solidaria no ha partido de nosotros, sino de la iniciativa y el empeño de las bases; que el papel de la Vicaría no es otro que el de reconocer, apoyar, asesorar y coordinar la creatividad de las bases, aunque las iniciativas de éstas no partan siempre con la orientación y el estilo más adecuados. Esto lo digo porque creo que hay equipos de base y parroquias, que están haciendo un trabajo grande en relación con sus posibilidades, y que miran la "coordinación" y el "Apoyo" de la Vicaría con un cierto temor de ser controlados, dirigidos, instrumentalizados. No podemos olvidar que en la Iglesia y sus distintos niveles, en la misma Vicaría, como en todo grupo u organización humana -especialmente si maneja sumas importantes de dinero- funcionan reflejos y mecanismos de poder. Y en definitiva la única forma que ha encontrado la humanidad para contrarrestar la tendencia natural a la manipulación del "bien común" por parte de uno u otro sector o tendencia: es que el poder no esté centralizado, sino compartido, y que la autoridad de las instancias coordinadoras o directivas no sólo se plantea al servicio de las bases, sino que pueda ser efectivamente controlada por ellas. Lo cual significa participación, en todos los niveles, y tanto en la evaluación, en la elaboración de nuevos modelos de acción, como en la toma de decisiones.

Reconozco que detrás de este planteamiento hay una convicción ideológica: que en cualquier grupo u organización humana, un poder autoritario podrá asegurar un orden, pero jamás podrá conducir a la libertad; que la verticalidad del mando podrá asegurar una eficiencia, pero jamás podrá estimular la solidaridad. Pero además, tratándose aquí de una organización de Iglesia, entra en juego también una convicción teológica. Desde el principio de la Iglesia se nos ha advertido, en efecto, que: "Los Jefes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Pero vosotros, nada de eso; al contrario, el más grande entre vosotros iguálase al más pequeño, y el que dirige al que sirve" (Lucas 22, 25-26).

Debemos encontrar la manera de encarnar este espíritu en las estructuras y el estilo de nuestras organizaciones. Sólo así nuestra eficiencia podrá ser una eficiencia liberadora, como la que corresponde a la Iglesia de Jesucristo.

2) LA ARTICULACION IDEOLOGICA:

Muy ligada a este problema institucional está la cuestión ideológica. En gran medida, en efecto, la falta de articulación en el nivel institucional se debe a las distintas tendencias a las sospechas o temores que tenemos en cuanto a las motivaciones y el horizonte de los distintos grupos y organismos de Iglesia; a la desconfianza en cuanto a los efectos reales de las distintas acciones; no sólo en el plano de las necesidades materiales inmediatas, sino en el de las ciencias, la conciencia del pueblo y la política nacional.

Nos encontramos aquí, sin duda, con un problema bastante complejo y de gran actualidad. En el marco de estas reflexiones, me parece útil abordarlo desde el punto de vista de los objetivos que se están planteando, y que juegan de hecho, en las distintas acciones y organismos. Creo que éstos se pueden reducir a tres objetivos principales:

a) La asistencia. Dadas las dimensiones y la urgencia de las necesidades, se trata hoy del objetivo más fuerte. No está en manos de la Vicaría promover o relativizar la vigencia de este objetivo, ya que él se plantea por la reacción espontánea y elementalmente humanitaria del común de la gente, como de las personas y organismos de la Iglesia. No podemos ignorar las ambigüedades que envuelve esta verdadera "explosión" de acciones asistenciales. No podemos ignorar tampoco que la Iglesia, por sus estructuras como por la mentalidad de sus miembros, está mejor armada para distribuir limosna (de rico a pobre) que para promover la solidaridad (de hermano a hermano). Pero debemos partir reconociendo que se nos ha puesto en una situación tal, que la limosna se ha hecho indispensable no sólo para atender a algunos casos marginales, sino para hacer frente a las necesidades más impestergables de grandes masas de nuestra población. Este es un hecho macizo y

envolvente, y tenemos que contar con él; no ciertamente para consagrarlo, pero sí para abordar su superación sobre una base realista.

También, al hablar de asistencia, hay que tener en cuenta la existencia de variantes que pueden ser decisivas. Hay la simple ayuda o limosna, pero hay también el apoyo y la entrega de elementos para que los necesitados se ayuden: respaldo moral, conocimientos, capacitación, herramientas, etc., Todo lo cual significa un paso cualitativo importante, que nos lleva al segundo objetivo...

b) La liberación. Se trata de un objetivo más a largo plazo y más integralmente humano, que toma expresamente en cuenta los condicionamientos y las proyecciones socio-políticas de la acción solidaria. Aquí entra nuestra preocupación por la dignidad y la conciencia de los necesitados; conciencia no sólo de las raíces y los mecanismos socio-económicos de la situación actual, sino también de una solidaridad de clase para superar esa situación. Aquí entra también el reconocimiento y apoyo a organizaciones populares que sean auténticas, que vivan y se orienten con sus propios valores. Tal vez este objetivo esté más presente en la Vicaría que en muchos otros grupos o estructuras de la Iglesia, en los que existe una mentalidad diferente. Esto hace que en ciertas ocasiones la acción de esos grupos aparezca ingenua o paternalista para los criterios de la Vicaría, y que, a su vez, estos criterios aparezcan como "políticos" para esos sectores de Iglesia.

Pero, al hablar de liberación, entra también aquí, en la raíz de esa preocupación por la conciencia y la organización populares, toda una mística de la dignificación de los oprimidos de la lucha por la libertad y la justicia, del servicio y la convivencia fraternales, de la esperanza de un mundo diferente; mística de liberación y novedad de vida que para nosotros viene del Evangelio de Jesucristo, y que nos lleva a formular ahora el tercer objetivo...

c) La evangelización. Es un objetivo que para nosotros

los cristianos, es inseparable de los dos anteriores. Esto, desde luego, partiendo de la misión propia de la Iglesia: porque no hay Evangelio que sea digno de crédito si la Iglesia que lo anuncia ignora prácticamente la miseria de los necesitados o elude - su propia responsabilidad en la liberación integral del hombre. - Pero también, partiendo de nuestras propias tareas, como personas o equipos cristianos: porque en definitiva no hay acción integralmente liberadora si no asumimos también, en alguna forma, la necesidad que los pobres tienen de que se les anuncie el Evangelio de Jesucristo y se les ofrezcan posibilidades reales de comprometerse con su causa en una auténtica comunidad de creyentes.

Creo que estos tres objetivos están presentes, en alguna forma, en la acción solidaria de nuestra Iglesia. Pero - creo también que se dan aquí desequilibrios y falta de articulación. El objetivo asistencial ha pasado a ocupar, por la misma fuerza de las circunstancias, el primer lugar, dejando un poco - postergados a los otros dos. El objetivo de la liberación queda en parte bloqueado, por la falta de lucidez y el miedo frente a sus inevitables y necesarias consecuencias políticas. El objetivo de la evangelización, por su parte, resulta a menudo inhibido por el temor a recaer en una actitud proselitista justamente superada, o viene yuxtapuesto desde fuera, como una especie de catequización suplementaria, empañando el desinterés propio de un servicio auténticamente solidario.

Ahora, volviendo al terreno concreto de la Vicaría - de la Solidaridad, creo que si también en este nivel ideológico - no se logra una mejor articulación de los tres objetivos mencionados, podría también la misma Vicaría resultar marginada de la acción de la Iglesia. Porque de hecho, en nuestra Iglesia real, los objetivos ideológicamente más fuertes son asistencia y evangelización: objetivos cuya articulación mutua ya, por lo demás, - con una larga tradición en la conciencia y los hábitos de sacerdotes, religiosas y laicos. La Vicaría de la Solidaridad, por - su misma situación y el nivel de conciencia de sus integrantes, - parece llamada a desempeñar un papel de primer orden en cuanto a urgir en toda esta acción de la Iglesia el objetivo que hemos -

llamado de la liberación. Pero creo que sólo tiene posibilidades de cumplir esa función si consigue integrar vitalmente este último objetivo con los otros dos; no sólo en un nivel táctico, sino en el de las convicciones y los compromisos profundos. Esto no significa que la Vicaría deba cumplir por sí misma tareas de predicación o catequesis, ni que todos sus colaboradores deban necesariamente profesar la fe católica; pero sí que toda su actividad se integre vitalmente en la misión globalmente evangelizadora de la Iglesia, en cuanto signo concreto de ese orden nuevo de justicia y comunión que Jesús anunció como el Reinado de Dios. Tal perspectiva implica, para cada uno de nosotros un desafío a crecer en madurez humana y cristiana, y a ayudar a otros en la Iglesia a madurar también: madurez humana que incluye una conciencia y responsabilidad política, aunque no pueda agotarse en ellas; madurez cristiana que incluye un sentido y un compromiso de Iglesia aunque tampoco pueda reducirse a esa dimensión eclesial.

Para terminar este asunto de la articulación ideológica, quisiera referirme a algunas de las dificultades prácticas implicadas en su búsqueda. En efecto, si tomamos en serio los tres objetivos mencionados más arriba, nuestra acción se verá inevitablemente tironeada por varias tensiones. Aquí menciono estas tres, que jamás podremos dar por resueltas en ningún modelo concreto de acción:

a) La tensión entre la preocupación por la sociedad global y su futuro, por la dinamización del pueblo en un horizonte de liberación colectiva... y la preocupación por cada ser humano con su nombre y su rostro, especialmente por los más necesitados, sean o no interesantes para nuestras prioridades estratégicas.

b) La tensión entre la acción planificada a largo plazo, en función del despertar, la maduración y organización del pueblo... y la acción de urgencia, a corto plazo, frente a las situaciones extremas de hoy.

c) La tensión entre la dimensión más colectiva e histórica de la fe cristiana, como compromiso por la justicia y esperanza del Reino... y la dimensión más personal de encuentro, conversión y estilo nuevo de vida.

3) LA SITUACION REAL DE LOS SECTORES POPULARES:

Sabemos que los sectores populares enfrentan hoy en Chile una situación muy dura. Están las familias de los detenidos y los desaparecidos; está la enorme masa de los desocupados, los invisibles y los "disrazados"; y está, simplemente, la gran mayoría de los trabajadores, cuyos salarios no les alcanzan hoy siquiera para una alimentación suficiente. Para superar esta situación sabemos que, a mediano o largo plazo, sólo podemos confiar en la conciencia y la fuerza del mismo pueblo. Por eso, en el momento de evaluar las acciones en marcha y planificar las futuras, nos preocupamos de que se apoyen lo más posible en las agrupaciones de los mismos trabajadores necesitados, para que ellos vayan tomando en sus manos las tareas de la solidaridad. En este empeño, tripeza mos de partida con la falta de conciencia y capacidad organizativa de los afectados: falta conciencia de lo que está ocurriendo y de las propias posibilidades, y falta un espíritu solidario que pueda asumir algo más que pequeñas acciones personales y puntuales. Esto es real, y tenemos que contar con ellos. Pero hay otro aspecto en cierto sentido más básico: los trabajadores, activos o cesantes, no sólo están inconscientes y/o desesperados, y poco organizados, sino que se encuentran también -y en un grado no visto en Chile desde hacía muchos decenios- impotentes. Aún teniendo despierta su conciencia solidaria, los trabajadores no hayan ahora en una situación objetivamente muy desmejorada como para asumir organizada mente aquellas tareas: están despojados de sus bienes y de sus derechos, está reprimidos en sus posibilidades de reivindicación y de acción organizada, y -más radicalmente- están muchos humanamente disminuidos por el hambre, la humillación y el miedo.

Ahora, me parece normal que desde la perspectiva más global que tienen la Vicaría y sus Equipos de Zona, la preocupación se centre en los problemas de conciencia y capacidad organizativa, que son los que inciden más directamente en la implementación de políticas de mediano o largo plazo. Pero en la perspectiva de las acciones de base, de los equipos que tratan diariamente con los niños y las mamás de los comedores, con los enfermos de los policlínicos o los cesantes de las bolsas de trabajo, lo que tiende a aca

parar obsesivamente la atención -y la angustia- son los problemas de la desnutrición, la enfermedad, la desesperación...

Creo que es importante tener presente estas dos perspectivas, normales e indispensables, a fin de encontrar la articulación ideológica y práctica que el momento nos exige. Es claro, en efecto, que con los problemas de conciencia y organización se vincula directamente el objetivo que llamamos "de liberación", y que con los problemas de miseria e impotencia se vincula directamente el objetivo "de asistencia". Lo cual, como veíamos, incide fuertemente en las dificultades con que tropezamos - para una mejor articulación institucional de la Vicaría con las Parroquias y las acciones de base.

4) EL DERECHO DE LOS POBRES:

Lo que decimos sobre la situación real de los sectores populares nos lleva a plantear la cuestión ética. Creo que para nosotros es bastante claro que la situación que viven hoy - los trabajadores y sus familias, aún reconociéndole todo su peso a los factores económicos mundiales y a la herencia de la situación anterior, es injusta. Tenemos conciencia de que los trabajadores tienen no sólo necesidades, sino también derechos, y de que estos derechos son prácticamente ignorados por el sistema actual. En tiempos más normales hemos reconocido que los trabajadores -a los que aquí, en razón de su miseria e impotencia, llamamos "los pobres"- tienen sus derechos sobre todo frente a los sectores patronales. El Estado nos parecía más un gerente o tutor de tales derechos. Hoy en cambio, aparece más urgente la reivindicación de los derechos de los pobres frente al mismo Estado y sus Servicios. Por ejemplo, respecto del sistema educacional que va respondiendo cada vez menos a las necesidades de los sectores populares, asumiendo cada vez más una fisonomía ideológicamente sectaria y socialmente discriminatoria; o respecto del Servicio Nacional de Salud: cuyas posibilidades de atención van quedando cada vez más reducidas, dejando a los sectores más necesitados en un desvalimiento casi absoluto; o, más en general, - respecto del modelo y las grandes líneas de la política economi-

ca, de los cuales lo menos que se puede decir es que no han sido diseñados en función de los intereses elementales ni la dignidad humana de los sectores laborales. La gente, más o menos oscura o claramente, tiene conciencia de esto.

Esta inconciencia de la injusticia del sistema constituye un acuciante aguijón para la Iglesia, en todos sus niveles e instituciones, y especialmente en los más cercanos a las consecuencias humanas de la injusticia. Sabemos en efecto, que como cristianos y como Iglesia no podemos callar; que en la medida de nuestra libertad y de nuestra audiencia debemos hacernos "voz de los sin voz". Esto ha sido claro en principio desde los orígenes más remotos del Pueblo de Dios, de Moisés para adelante, y ha sido reafirmado en los últimos años en términos claros e insistentes por las instancias más autorizadas de la Iglesia Mundial. Pero, una cosa son los principios, válidos siempre y "en el mundo", y otra cosa es denunciar aquí la injusticia que se está cometiendo en este país ahora. Aquí entra el indispensable juego de la prudencia, que debe medir si la eficiencia concreta de una tal denuncia compensaría los riesgos implicados en ella. El clima actual de nuestra Iglesia parece hoy dominado en este punto por una onda pesimista. Cabe formularnos, a este propósito, varias preguntas: 1) ¿Cual es la eficacia que se busca realmente?, ¿la más "política" de correcciones a corto plazo, o la más "profética" de impedir que nuestra sociedad se siga moldeando según esquemas anticristianos e inhumanos? 2) ¿Cuales son los riesgos que más se temen realmente?, ¿la ineficacia o el efecto contraproducente de nuestra denuncia para la situación del pueblo; o la coincidencia de hecho con la denuncia de ciertos sectores políticos y por ser esos sectores; o tener que pagar, en las propias personas e instituciones, el precio de ambigüedad y persecución que ha tenido siempre toda denuncia profética?

En el caso de la Vicaría, como de cualquier otro grupo u organismo de Iglesia, la función de denuncia no puede ser asumida normalmente en forma aislada respecto del cuerpo eclesial. Se trata, más bien, de que asuma su papel propio de una Iglesia que ha de ser crítica como tal, a partir de la información y la -

conciencia de sus bases, y con el discernimiento y respaldo de sus instancias jerárquicas.

Pero, tenemos que recordar que los pobres tienen derecho no sólo frente a los patronos y al Estado, sino también frente a la sociedad en general y concretamente frente a nosotros: la Vicaría y la misma Iglesia. Lo que estamos haciendo para el servicio de los necesitados, no lo hacemos solamente porque somos buenos sino porque los pobres tienen derecho a que les entregemos nuestro tiempo y nuestra energía. En la medida en que contamos con recursos económicos, capacitación, vinculaciones, respaldo internacional; en la medida en que compartimos el prestigio y el margen de libertad que se reconocen a la Iglesia; en una palabra, en la medida que tenemos poder... debemos poner todo eso al servicio de los pobres. Nada de eso nos pertenece a nosotros, ni a la Vicaría ni a la Iglesia. Lo hemos recibido prestando, para administrarlo en la forma más fructuosa posible en beneficio de los pobres; y los pobres están sufriendo el hambre, la enfermedad y la humillación hoy.

Por este camino llegamos una vez más a la urgencia de la acción asistencial, para atender a las indigencias más inmediatas e impostergables de nuestros hermanos más necesitados. Pero, por aquí nos encontramos nuevamente con la importancia de un análisis lúcido y una planificación eficaz, a fin de articular este deber de asistencia con el deber de complementario de la denuncia. En efecto, no podemos olvidar ni hacer olvidar que estas tareas asistenciales no constituyen más que una suplencia transitoria, en una emergencia que golpea injustamente a los sectores populares. Porque los pobres tienen derecho a ganarse una alimentación suficiente con un trabajo digno, tienen derecho a ser atendidos en forma eficiente por el S.N.S., tienen derecho a una igualdad real de oportunidades en la Educación, tienen derecho a una garantía eficaz de sus derechos humanos y civiles... y todo esto es de la responsabilidad directa del Estado. Nuestra acción solidaria no puede prestarse para encubrir las deficiencias de los servicios y mecanismos del Estado, ni menos el abandono sistemático de sus responsabilidades en la tutela y promoción del bien común.

5) LA INTEGRACION CON LA EVANGELIZACION:

Que la misión más propia y tradicional de la Iglesia le exija hacerse "voz de los sin voz" para denunciar la injusticia social, es una afirmación que, a pesar de todas las Declaraciones de los últimos decenios, todavía hoy sorprende a muchos. Es que la misma práctica y la enseñanza corriente de la Iglesia no siempre han sido igualmente consecuentes con esta misión. De allí que subsista en algunos sectores católicos la imagen de una Iglesia llamada solamente a prodigar "consuelo espiritual" y estimular "la elevación del alma", mediante creencias religiosas y normas de moral individual que se polarizan principalmente en torno al culto, con su proyección hacia una "vida eterna" ultraterrena. Los problemas socio económicos y políticos resultan entonces, en el lenguaje sublime y armonioso que se espera de la Iglesia, altamente disonante, si es que no abiertamente escandalosos. ¿Qué tienen que ver, se pregunta, estos asuntos tan materiales y conflictivos, con la misión espiritual y reconciliadora de la Iglesia? Para otros sectores, culturalmente más alejados de los círculos católicos tradicionales, les resulta a menudo extraño que una Iglesia que pretende servir eficazmente al hombre, y frente a la urgencia de los problemas que afectan hoy a los pobres y los persiguidos, siga preguntándose por la manera de coordinar este servicio con la "evangelización". ¿Qué tienen que ver, se pregunta, estas creencias religiosas, con los problemas tan concretos y urgentes que hay que resolver en la coyuntura actual? ¿No estará de nuevo la Iglesia, más o menos inconscientemente, buscando su "ganancia de pescadores"?

La respuesta a estas interrogantes sólo puede encontrarse a la luz de una recta comprensión de ese mensaje llamado "Evangelio", y de la manera de transmitirlo que constituye desde sus orígenes la misión más medular y la razón de ser de la Iglesia. A esto nos referíamos más arriba (en el párrafo 2), cuando mencionábamos "la necesidad que los pobres tienen de que se les anuncie el Evangelio de Jesucristo y se les ofrezcan posibilidades reales de comprometerse con una causa en una auténtica comunidad de creyentes"; o cuando pedíamos que toda la actividad de la

Vicaría de la Solidaridad "se integre vitalmente en la misión - globalmente evangelizadora de la Iglesia, en cuanto signo concreto de ese orden nuevo de justicia y comunión que Jesús anunció - como el Reinado de Dios".

Efectivamente, anunciar el Evangelio -o "evangelizar"- no es someter a la gente a algún adoctrinamiento, más o menos dogmático, de creencias religiosas y normas morales; es ofrecer un testimonio viviente de alegría en las tribulaciones y de entrega a los demás, que se funda en la fe de la liberación obtenida por Jesucristo y en la esperanza cierta de su plenitud futura ofrecida a todos los hombres. No es un proselitismo para aumentar la feligresía parroquial y extender la influencia de la Iglesia como institución de poder; es una invitación a sumarse a la lucha contra todas esas fuerzas de egoísmo, prepotencia y crueldad, que -brotando del corazón de cada uno y atravesando la sociedad entera, con sus estructuras e ideologías -destruyen al hombre y la convivencia humana; es una invitación a vivir desde ya el respeto mutuo y el amor solidario, en una comunidad de hermanos que sea semilla de fraternidad y de esperanza para todos los hombres, empezando por los pobres y desvalidos. Para un cristiano, sólo en el camino de una vida y una comunidad así, tiene sentido -y es imprescindible- una palabra sobre Dios.

5) LA CUESTION ECLESIOLOGICA:

Cuando en las reflexiones precedentes hemos hablado de "La Iglesia" -de sus distintos niveles, su mentalidad dominante, su misión y responsabilidad, su ámbito de libertad y posibilidades de acción, etc.- tal vez hemos sentido una cierta ambigüedad. Y cuando, en el último párrafo, hemos hablado de una "evangelización" que debe invitar a integrarse en una comunidad que viva sencillamente la fraternidad y luche por la justicia partiendo de los pobres, la aclaración de dicha ambigüedad se nos ha hecho más apremiante. Es que de hecho, en nuestra realidad actual, están operando dos modelos distintos de Iglesia. Dos modelos que implican distinta ubicación, distinta mentalidad, distintos medios de acción. No se trata ciertamente, de modelos

que existan puros ni separados el uno del otro, pero, dentro de la Iglesia única, constituyen dos polos bastante claros de su dinámica interna y de su influencia en la sociedad:

a) Una Iglesia gran institución: que valora más la disciplina y busca una mayor cohesión funcional; que tiene su centro sociológico y cultural fuera del mundo de los pobres, en los sectores ricos del país y los países ricos del mundo; que practica organizadamente la ayuda a los pobres; que tiene poder para negociar con las autoridades y ejercer una cierta presión sobre ellas, a fin de obtener dulcificaciones en los efectos sociales del régimen; que enseña con autoridad una doctrina y tiene acceso, al menos relativo, a los medios de comunicación social; etc.

b) Una Iglesia red de comunidades: que valora más fraternamente y busca una mayor corresponsabilidad; que tiene su centro sociológico y cultural en el mundo de los pobres, en los sectores mayoritarios que son los pobres del país y los países del mundo; que vive y promueve la solidaridad en medio del pueblo; que cumple allí una denuncia profética, discretamente pero asumiendo sus inevitables riesgos, a fin de mantener la conciencia de la dignidad de los pobres y la esperanza de un mundo diferente; que, en y desde el mundo popular, da testimonio del evangelio, sin más posibilidades de comunicación que el contacto directo de personas y grupos; etc.

Es importante que, en nuestra acción de Iglesia, sepamos situarnos lúcidamente respecto de estos dos polos. Creo que la Vicaría de la Solidaridad está llamada a cumplir un papel muy importante dentro de esta dinámica interna de la Iglesia, como factor articulante de esos dos polos para una promoción más eficaz de los derechos humanos y un anuncio más auténtico del Evangelio de Jesucristo. Pero creo que no debe ocultárenos, por otra parte, la necesidad de una cierta opción: o robustecer en la práctica, los criterios y la organización vertical de la Iglesia gran institución; o apoyar y promover la Iglesia red de comunidades, ateniéndose cuidadosamente a lo que en nuestra coyuntura exige el principio de subsidiariedad. En nuestro con

texto socio-político actual, son muy fuertes los reflejos institucionales tendientes a reforzar el primer modelo, cerrando filas en torno a lo que parece más seguro y eficaz, cuando no lo único posible. Pero, a mi entender, sigue siendo cierto que el futuro de una Iglesia más evangélica y auténticamente servidora del hombre está más en la línea del segundo modelo. Hay aquí implicada una opción teológica, históricamente situada en nuestra realidad socio-cultural, pero también en la más sólida tradición del modelo evangélico de la Iglesia de Jesucristo.

7) EL CASO DE LOS COMEDORES INFANTILES:

A la luz de las reflexiones precedentes, quisiera ocuparme ahora de dos áreas más concretas de la acción solidaria de la Iglesia: los comedores infantiles y las balsas de trabajo. Con la vista en el horizonte que he querido dibujar, intentaré recoger aquí las grandes líneas de la evaluación y la proyección de metas que surgieron en los informes y las jornadas preparatorias de este Encuentro.

Según las cifras, y nuestra propia experiencia, parece claro que los comedores infantiles constituyen, entre las acciones solidarias desplegadas actualmente, la más importante por su extensión y por el volumen de los recursos empleados. Recuerdo aquí los tres objetivos que se reconocieron para los comedores en la jornada especial que tuvimos sobre esta área:

- a) Paliar el hambre, allí donde la necesidad es más urgente;
- b) Ser factor de conciencia y organización populares y;
- c) Constituir un signo de denuncia.

a) A través de todos los informes y evaluaciones, queda claro que los comedores infantiles constituyen un paliativo del hambre de la población. Los 25 mil niños, aproximadamente, que almuerzan hoy en los comedores, son una cantidad importante. Sin embargo, en relación con los 250 mil cesantes que, según las estadísticas de la U. de Chile entregadas en Diciembre último, existen en Santiago, dicha cantidad es todavía muy pequeña. Hay en Santiago 1 niño almorzando en los comedores de la Iglesia por cada 10 cesantes "oficiales" (no por cada 10 niños por hambre).

Y por otro lado, los informes de calidad nutritiva indican que los almuerzos servidos proporcionan entre el 25 y el 50% de las calorías requeridas por esos niños.

b) En cuanto al segundo objetivo, creo que hemos recogido un consenso de que, por lo general, los comedores no constituyen un factor de conciencia y organización popular, o cuando lo constituyen es en un grado muy inferior al que sería de desear. Esto ¿por qué?. Principalmente por las condiciones estructurales que, en el contexto actual, son inherentes a los mismos comedores infantiles: el hecho de que los beneficiarios directos sean exclusivamente los niños, que son por naturaleza pasivos; el hecho de que, por la misma naturaleza del trabajo, cooperen en ellos casi exclusivamente las mujeres, no los hombres ni las familias como tales; el hecho de que las responsables tengan serias dificultades para delegar responsabilidades, asumiendo a menudo una actitud patronal; la falta de reflexión y coordinación, porque los objetivos y requerimientos que planteamos en el nivel de la Vicaría llegan poco a los equipos de base; el hecho de que a menudo estos comedores se hallen insertos en una estructura parroquial, con todo el esquema de beneficiencia que suele ir implicado en ella; el hecho de que para su financiamiento predomine ampliamente la ayuda externa, cuyas fuentes y motivaciones la gente no conoce (sólo aparece la Iglesia "vaca lechera"); y, por último, el miedo a la represión, que empuja a las responsables a asimilarse a funcionarias parroquiales.

c) Por último, parece haber un consenso de que por lo general los comedores infantiles no constituyen tampoco un factor de denuncia. En un comienzo lo fueron, al menos en cierta medida. Así parecieron entenderlo las Autoridades, las que por varios medios -abiertos o velados- intentaron controlarlos, reducirlos o suprimirlos. El intento se estrelló con una actitud firme de la Jerarquía Eclesiástica; pero de hecho obligó a los comedores a asimilarse más estrechamente a las estructuras pastorales ordinarias, con lo que perdieron mucho de su carácter de solidaridad popular y se acercaron más al modelo tradicional de la "arididad" de la Iglesia. Por aquí volvemos al paternalismo interno que reconocíamos recién como una de las debilidades estructurales de los comedores infantiles. Esto también parecen haberlo entendido las Autoridades, las que, por lo general, han cesado de vigilar o amedrentar a los responsables de +

los comedores. En cambio, con el apoyo de la prensa, tienden a minimizar su acción, presentándolos como una respuesta ordinaria de la Iglesia frente a una pobreza endémica en nuestro país, herencia de los regímenes anteriores. Las mismas Autoridades, u organismos directamente vinculados con ellas, han abierto algunos comedores o servicios análogos, con gran aparato de publicidad. En esta forma el sistema ha conseguido "recuperar" en buena medida el significado de los comedores infantiles, con parte de su intento de encubrir el carácter de catástrofe nacional que presenta hoy día el hambre en nuestro país.

En vista de estos problemas y en función de los tres objetivos mencionados, se han propuesto dos medidas:

1) Reorientar en lo posible los comedores existentes, - lo que implica, entre otras cosas; limitar y seleccionar mejor a los beneficiarios: dar mayor importancia al aspecto toma de conciencia, capacitación y organización de los padres de los niños; y buscar una mejor coordinación, como condición para llevar a la práctica las medidas anteriores, y también para que la experiencia de los comedores estimulen más efectivamente la reflexión y la denuncia de la Iglesia. Ahora, aquí se plantean algunos interrogantes: respecto de la limitación y selección de los beneficiarios, ¿con qué derecho lo hace os?, o más exactamente, dado que nuestros recursos no guardan ninguna proporción con la magnitud del problema, ¿cómo hacerlo respetando los derechos que los pobres tienen sobre estos recursos? (Ver más arriba, párrafo 2 y 4): respecto de la toma de conciencia y organización de los padres, desde un comienzo sabemos que es muy importante, pero ¿cómo hacerlo, dados los obstáculos objetivos con que hemos tropezado? (Ver el punto b)) de este mismo párrafo, y más arriba, el párrafo 3); y, respecto de la coordinación, para eso tenemos que ganarnos la confianza de las acciones de base y las parroquias (Ver más arriba, el párrafo 1).

2) Posponer los comedores infantiles a otras acciones, es decir, trasladar la prioridad que hasta ahora se han dado de hecho a los comedores infantiles, a otras acciones que sean estructurales más aptas para promover una auténtica solidaridad popular. - Para esto se requieren acciones que se organicen, en primer lugar

partiendo de los adultos y no de los niños: en segundo lugar, partiendo de los hombres y no de las mujeres; y en tercer lugar, partiendo de los cesantes reales, de los cesantes con historia laboral, y no de los crónicamente desocupados (o, en otra jerga, partiendo de los proletarios y no de los subproletarios).

8) EL CASO DE LAS BOLSAS DE TRABAJO:

Estas tienen una extensión mucho más modesta que los comedores infantiles, pero su evaluación nos ha hecho presentes ciertas características suyas que les confieren en el momento presente una especial significación. Aquí encontramos, desde luego, el mismo padrón de tres objetivos que recordábamos recién para los comedores infantiles: a) paliativo económico, b) conciencia y organización, y c) denuncia.

a) Se constata, por una parte, que las bolsas de trabajo con sus talleres -a diferencia de los comedores- por lo general no aportan solución económica. La mayoría de las bolsas no tienen proyección productiva, y cuando la tienen, sus frutos son tan reducidos que apenas proporcionan un pequeño alivio para la subsistencia de los participantes. Y faltando la actividad productiva, las bolsas quedan a menudo funcionando como en el vacío, y se van apagando.

b) Por otra parte, se constata también que, -a la inversa de los comedores infantiles- las bolsas constituyen estructuralmente una instancia efectiva de conciencia y organización populares. Pero esto, por cierto, no siempre ni automáticamente, sino supuestas ciertas condiciones, de las que aquí enumero las cuatro que aparecen con mayor frecuencia en los diagnósticos: 1) que sean integradas al menos principalmente, por "cesantes reales" (hombres más que mujeres, proletarios más que subproletarios); 2) que se organicen y coordinen a partir de las bases (organización de cesantes, y no sólo para cesantes); 3) que encuentren facilidades para la formación y la capacitación; y 4) que encuentren también algún cauce de actividad productiva, por limitada y modesta que sea. Ahora, el principal problema que, a mi juicio, se plantea aquí, está en que las bolsas de trabajo, en la medida en que se extiendan con las caracterís

ticas dichas, constituirán no sólo apoyos de subsistencias y escuelas de formación, sino que un cauce de recuperación de poder para los trabajadores. No dudo de la legitimidad de este resultado, ni de que corresponda a la Iglesia, en una coyuntura como la presente amparar este proceso; de lo que dudo es que nuestra Iglesia esté madura para enfrentar con lucidez y criterios evangélicos las implicancias políticas: externas o internas, de tal proceso.

c) En cuanto al tercer objetivo, notamos en primer lugar que las bolsas de trabajo, al menos con las condiciones dichas, constituyen un factor de denuncia mucho menos reducible por parte del paternalismo eclesiástico y mucho menos recuperable por el sistema imperante. Y por este costado llegamos también a los problemas que ocasionarán las inevitables y necesarias proyecciones políticas de la denuncia: la resistencia de muchos personeros y sectores de la misma Iglesia y, sobre todo, la represión de las Autoridades.

9) CONCLUSION OPERACIONAL:

Sobre la base del diagnóstico y la proyección que hemos hecho para los dos casos analizados aquí, creo que puede fundarse la siguiente conclusión operacional: tendríamos que articular, desde el nivel de las acciones de base, comedores infantiles y bolsas de trabajo; es decir, tendríamos que procurar que no haya bolsa sin comedor, ni comedor sin bolsa. Esto, no sólo para lo que se cree en el futuro, sino también -lo que es ciertamente más difícil- para los comedores que están funcionando actualmente.

Articularlos ¿por qué? Porque con ello podrían compensarse en buena parte las ventajas y las dificultades estructurales de los unos y de los otros. El comedor infantil anexado a una bolsa de trabajo con las condiciones dichas, puede ser más escuela de solidaridad y elementos de denuncia que lo que puede ser por sí sólo; y la bolsa de trabajo complementada con un comedor infantil, por un lado puede proporcionar tareas productivas o de servicios que se traduzcan en paliativos reales para el problema económico, y por otro lado puede resultar mejor defendida de la represión, al quedar ligada a una acción solidaria más "normal" de la caridad de la Iglesia.